

CUANDO LA CRUELDAD NO ADMITE PERDÓN

Aunque odiaba aquellas malditas pastillas y aquel jarabe de sabor amargo, Virginia no tenía más remedio que tomarlos, desde hacía ya algunos años; obligatoriamente cada mañana, después del desayuno, y, muchas veces, a la carrera, porque el autobús del transporte escolar no dejaba de tocar el claxon repetidas veces en la parada, que quedaba justo a la puerta de su casa.

Al fin y al cabo ella estaba convencida de que aquello era una obligación diaria y que surtía “sus efectos”, más por las continuas repeticiones de su madre que por la propia efectividad de los medicamentos.

Su madre, viuda desde hacía tres años, velaba por la salud y el crecimiento de su hija. ¡Cuántas veces le recordaba que ella había nacido prematura y con ciertos síntomas de endeblez!

Por eso, Virginia, que se veía delgada y enfermiza, no tuvo más remedio que aceptar siempre las órdenes de su madre.

Como también le recordaba, cada día, su necesidad de irse a trabajar durante las mañanas, mientras que ella estaba en el colegio.

Así era la vida monótona de Virginia; así era su niñez. Ella, que esperaba con deseos el fin de semana. Eran dos días en los que la prisa del desayuno no contaba. ¡Menos mal!

De este modo, tenía la oportunidad de aprovechar sus paseos en bicicleta, con su inseparable amiga Elena, por las afueras del pueblo, muy cerca; una afición que arrastraba felizmente desde pequeña, cuando su padre las llevaba a las dos a aquel descampado, que pareciera un improvisado circuito, de caminos estrechos, de ligeras pendientes y cortas subidas, donde los chicos y chicas del pueblo hacían sus pinitos. ¡Y ellas también!

Casi sin darse cuenta, Virginia terminó su Educación Primaria y pasó al Instituto. Lo mejor era que no tenía que marchar a otra población, porque hasta terminar el Bachillerato todo quedaba en casa. Y eso para su madre era una inmensa alegría.

Los primeros años de la E.S.O fueron bien. Y Virginia, con el crecimiento y su desarrollo, fue convirtiéndose en una chica normal, tal vez demasiado delgada para su edad, pero alegre y vivaracha; con muy buenos resultados en los estudios y con un gran afán de superación personal, tanto que le hacían pensar en un futuro esperanzador. Su corazón le

decía que llegaría a estudiar en la Universidad, y que llegaría a ser una gran profesional. No sabía exactamente en qué, pero intuía que sus ganas e ilusión le llevarían a ello.

Pero fue en los dos últimos cursos, primero y segundo de Bachiller, cuando las cosas ya no le fueron tan bien. Su pandilla de amigas era reducida, pero auténtica. En clase, había algunos compañeros que, de vez en cuando, se unían al grupo. Al principio pasaron muy buenos ratos, especialmente los fines de semana, al disponer de más tiempo libre para quedar y disfrutar; cosa muy propia por su edad.

Uno de esos nuevos amigos fue Carlos. Un chico fuerte, charlatán y un tanto presumido; quizás demasiado orgulloso y prepotente, pero, en el fondo, era muy divertido. Él no tenía gran preocupación por sus estudios. A la postre, sabía que su futuro estaba en el taller, junto a su padre. Una vez conseguido el Graduado, haría algún módulo de Mecánica y al taller. Lo tenía asumido, y por eso no esperaba más.

Pero Carlos no tuvo otra cosa que hacer en esos dos últimos años que acosar a Virginia de una manera casi constante. Aquello fue de menos a más, hasta convertirse en un maltrato psicológico, de esos que más duelen, por su delgadez, por su delicadeza y piel blanquecina, y por esa superprotección de su madre; comprensible, tal vez, dadas las circunstancias familiares que reinaban en su casa.

En su mente quedaría grabada para siempre aquella primera vez, en la escalinata que daba acceso al Instituto:

-Aquí viene mi “palillo de diente”. Si te utilizara, te partirías...

Y tantas ocasiones, casi a diario, a su llegada a clase, en el recreo...y hasta la mayoría de los sábados, cuando pasaba con su bicicleta, muy cerca del taller, camino del descampado... Elena, su única confidente, su gran amiga, no dejaba de decirle que se lo dijera a su madre, a los profesores...pero el temor a represalias más graves se lo impedían.

Aquello le produjo un enorme recelo hacia los jóvenes, especialmente a los que la miraban de cierta manera...

Pero Virginia nunca dijo nada. En el fondo, se sentía amenazada sin estarlo, pero aquellas palabras, aquellas miradas despreciables de Carlos se hicieron continuas y le producían un enorme daño moral y anímico.

Realmente fue en el último curso cuando todo fue a más. La presencia física de él le atemorizaba. Y sus palabras hirientes mucho más. Todo era ya muy diferente en la pandilla, a la que ponía mil excusas para no estar a su lado.

Virginia deseaba, más que nunca, que el curso terminara cuanto antes.

Mientras tanto, en casa, su madre, ajena a esa situación, se iba convenciendo poco a poco de los propósitos de su hija. Si aprobaba selectividad se iría a la Universidad; y la verdad es que se lo merecía, por sus cualidades, por los resultados académicos y por todas aquellas dificultades que le rodeaban.

Y así llegó el mes de mayo.

Una mañana, cerca ya de los exámenes últimos, Carlos no fue al Instituto. Los compañeros dieron la noticia: ¡Tenía varicela! Estaría, al menos, dos semanas sin aparecer por allí.

Aquello fue una explosión de alegría en el interior de Virginia. Aquello fue un gran impulso de ilusión y de moral para afrontar el final de curso y presentarse con garantías a la selectividad.

El verano pasó y Virginia se marchó a Málaga, donde comenzó sus estudios de Medicina, en paz y con toda la ilusión.

Mientras tanto, la vida en el pueblo continuaba sin pena ni gloria. Carlos, tal como pretendía, logró hacer un módulo de mecánica y al taller. La verdad es que le encantaba aquel mundillo: la puesta a punto de un motor, el engranaje de piezas en una máquina... y todo lo relacionado con los vehículos, especialmente con las motos.

Un atardecer de abril, la desgracia se cebó con él. Tendido debajo de una vieja cosechadora, ajustaba una pieza, cuando algo tristemente sucedió para que todo aquel chasis, plomizo y pesado, resbalara sobre él, quedando aprisionado y maltrecho.

El terrible impacto le produjo numerosas fracturas y un enorme daño en su columna vertebral, que quedó seriamente dañada; hasta el punto de quedar en silla de ruedas, quién sabe si de por vida, porque los médicos que le atendieron durante un tiempo no le garantizaban una total recuperación. Y él intuía que aquello iba a ser un castigo para siempre, eterno y penoso.

Una terrible desgracia para él y una conmoción emocional para sus padres, que no daban crédito al fatal desenlace que les había tocado vivir.

Durante dos o tres años, Virginia, que continuaba sus estudios en la capital, no quiso saber nada, aparentemente, de aquella situación, pero, en el fondo, no dejaba de pensar en la desgracia de Carlos. Y ella lo supo desde el primer día.

Fue en el verano del 2003, acabado el tercer curso de Medicina, cuando Virginia estuvo en el pueblo durante las vacaciones.

Su madre había caído enferma y ella tenía que estar a su lado, cuidándola. En ese tiempo, más de una vez pensó en ir a visitar a Carlos. Pero cada vez que lo pensaba, le venía a su mente aquellos tristes y desagradables momentos. Su comportamiento, su actitud de desprecio, sus continuas ofensas...en el Instituto; y eso le hacía dar marcha atrás.

Hasta que un día se armó de valor y fue a verle. Era la hora de la siesta. Y no pudo verle porque era el momento en el que Carlos conciliaba el sueño, tal como le dijo su madre, quien se sorprendió gratamente cuando vio a Virginia. La reconoció y se alegró mucho al verla. Había cambiado mucho en esos años. Vio cómo se había convertido en una joven guapa, de buen tipo, pero con sus aires de una sencillez exquisita, como siempre había sido.

Virginia le dijo que sentía mucho lo de su hijo y le dejó una carta, que escribió con la mejor serenidad que pudo:

¡Hola, Carlos!

Sé de tu enfermedad desde aquel día desgraciado en que te ocurrió el accidente, por mi amiga Elena. Y, de veras, que lo siento. Ojalá que Dios te proteja siempre. No olvides que tienes la gran suerte de unos padres que velan por ti.

No desesperes, porque cada vez hay nuevas técnicas en la Medicina. Serás afortunado, porque verás cómo pronto tendrás una nueva rehabilitación que te permitirá mejorar tu estado físico. Ya lo verás. Estoy segura de ello. Tu fortaleza es innegable y te ayudará muchísimo.

Pero hay una cosa que quiero decirte: De lo único que me alegro es de aquella varicela, acertada y oportuna, que te alejó durante unos días del Instituto. Desde entonces, he podido vivir en paz. Mi resignación y mi ilusión en un futuro próximo han podido con todo, hasta con mi silencio...

Cuídate.

Eran las seis de la tarde, cuando Carlos comenzó a leer aquella carta. El vaso de leche quedó intacto en la mesa, porque un nudo le recorrió toda la garganta y un escalofrío se adueñó de todo su cuerpo.

El, auténtico ejemplo de orgullo e insensibilidad, veía cómo sus ojos se inundaban de lágrimas...

Y lloró. Lloró de rabia, porque sabía quien era la chica que había estado en su casa. Era Virginia, quien había ido a su casa a verle, a él, que tanto daño le había hecho...

Y lloró amargamente, porque se sentía el ser más despreciable del mundo, viendo cómo su presa fácil no le pagaba con la misma moneda; muy al contrario, le animaba para seguir vivo y con vida...

Y lloró de dolor, de impotencia, de no poder levantarse de aquella maldita silla y salir corriendo en su búsqueda, para pedirle mil veces perdón por toda su crueldad...

Y lloró desesperadamente...